

Crucigramas

El día no fue lo tranquilo que esperaba. Ya desde temprano se discutieron algunos puntos específicos de un contrato de exportaciones a Rusia –una dilación que no esperaba- y más tarde algo sobre la ejecución de algunas partidas presupuestarias. Todo se extendió mucho más de la cuenta. Apenas una pausa para almorzar. Había nervio en el aire. Todo el día hubo nervio en el aire.

A eso de las seis y media, el presidente Hipólito Yrigoyen quedó solo en su despacho. Pidió un té y se puso a hojear el diario. Usualmente lo hacía por la mañana pero, como queda casi dicho, no tuvo casi tiempo para eso. Se detuvo en la primera plana: había subido el nivel de exportaciones, especialmente con Inglaterra; se inauguraron unas escuelas en el barrio de Flores. Leyó un par de notas del extranjero: la crisis económica sacudía los mercados, (el ministro de Hacienda había sido muy cauteloso al respecto en la reunión de la tarde). Después se distrajo con noticias de box. Una de ellas anunciaba que Miguel Ángel Firpo estaba dispuesto a retornar al ring luego de cuatro años de ausencia; ¿podría sostener su gran nivel de antaño?, se preguntaba el periodista. Leyó también que se estrenaba la película “El circo”, de Chaplin, acaso la más amarga de toda su filmografía.

En la última página miró un chiste que no entendió o no le hizo gracia y sus ojos se posaron en el crucigrama. Leyó por leer, como si así pudiera descansar la vista. Estaban allí un par de definiciones que siempre aparecían: correo del zar; ánade; cerveza ligera inglesa. Sin embargo, hubo una que le llamó poderosamente la atención: Nombre del Primer Ministro del Emperador chino Ehun, que vivió en el siglo XXIII antes de nuestra era. No sabía cuál era la respuesta a esa definición, claro, pero había algo en ella que le resultaba familiar.

Entró el mozo con el té. Yrigoyen se sirvió un par de cucharadas de azúcar. Revolvió con lentitud. A su derecha habían quedado una serie de expedientes que debía firmar. Nada demasiado importante. Bebió un sorbo. Tomó la lapicera.

Nombre del Primer Ministro del Emperador chino Ehun, que vivió en el siglo XXIII antes de nuestra era.

Yrigoyen deja la lapicera y vuelve al crucigrama.

Atardece. El diario pronosticaba buen sol para el otro día.

El Presidente llama al mozo. Le pide que le traiga el diario de ayer.

-Cuál -pregunta el mozo.

-Este, este diario-, señala, el cansancio lo hace enojar. -¿Qué diario es este?-, se pregunta y lo vuelve para leer la primera plana. Como en una obra de teatro, el mozo abandona rápido la escena.

Yrigoyen se refriega los ojos, tal vez ya sea hora de volver a casa.

Nombre del Primer Ministro del Emperador chino Ehun, que vivió en el siglo XXIII antes de nuestra era.

Llega el mozo con el diario.

Yrigoyen va directo a la última página. Allí está, tercera horizontal, tal cual lo había intuido, la misma definición. Pero no es esa la única coincidencia: el crucigrama es el mismo. Coloca un diario al lado del otro. Constata palabra por palabra. Puede tratarse, claro, de un error.

Yrigoyen levanta la vista. Mira al mozo, que se ha quedado de pie, como si esperara una orden. Acaso que vuelva a calentar el té, que por lo visto se ha enfriado.

-Tráigame- dice por fin -tráigame el diario de antes de ayer y el del día anterior.

Esta vez el mozo demora más de la cuenta. Pero al Presidente no parece importarle. Pareciera contar con todo el tiempo del mundo. Toma de nuevo la lapicera. Firma el par de despachos. De nuevo se refriega los ojos.

Regresa el mozo con los dos diarios. Yrigoyen los toma sin decir palabra. Mira la fecha para constatar que sean los diarios que ha pedido. 1 y 2 de septiembre. 1930. Sí, son esos. Va derecho a la última página: el mismo crucigrama. Ni una palabra más ni una menos. El resto del diario es distinto, sí, claro. Las exportaciones continúan aumentando, la bolsa sigue estable, récords en el mercado de Liniers. Todo parece responder a sus mandos naturales. Salvo el crucigrama.

Se lleva los diarios a la nariz, como si quisiera oler la tinta, como si allí hubiera una clave. El mozo le dice de calentarle el té.

-No, gracias. Puede retirarse.

Yrigoyen termina el té de un sorbo. Acomoda la lapicera al costado de los papeles firmados. Se incorpora, sale de su despacho. Camina como si su cuerpo fuera de otro. Sale a la galería y por primera vez se asoma por el balcón de la Casa Rosada.

La plaza ya ha encendido sus luces. No hace frío. Tampoco calor. La gente abajo camina lenta, una jornada que termina. Nadie parece distinguirlo, allí en lo alto, entre las sombras. Mirar sin ser visto. El sol se ha puesto, pero aún queda algo de claridad. El diario anunciaba buen tiempo para mañana, recuerda. Las nubes se disiparán por la noche, acaso.

Luis Sagasti